

DESCARTES

*Un filósofo más allá
de toda duda*

Jaume Xiol



El cogito y Dios

Hemos visto en el capítulo anterior cómo la duda metódica había sumido al «yo» de Descartes en el desconcierto más absoluto, tanto más a partir de la hipótesis del genio maligno. Pero, mientras pensaba que no podía estar seguro de nada, de una cosa sí podía estarlo: de que él estaba dudando. No había nada que pudiera contradecir la verdad de que él estaba pensando, de que se abstenía de afirmar nada y de que existía. Descartes se reconoce en esta medida como *res cogitans*, sustancia pensante que piensa y existe. Y que para existir no depende del cuerpo ni de los sentidos, puesto que por el momento nada sabe de ellos.

En este estadio del discurso, Descartes no sabe aún nada acerca de si existe el mundo material, incluido su propio cuerpo. Y en cambio, al menos mientras está pensando en este tipo de asuntos, puede estar seguro de que es, de que existe y de que piensa. De ello concluye que es puro pensamiento, y que el pensamiento realmente no necesita del cuerpo para existir; es decir, que es una «sustancia», concepto que en el sistema cartesiano significa «aquello que existe

de tal modo que no necesita nada más para existir»²⁸ (excepto del Dios creador, se entiende).

Pero ¿qué es él, en tanto que pensamiento?, se pregunta. Pues lo dicho, una mente que duda, intuye, entiende, afirma, niega, pero también quiere, imagina y siente, y que no presupone la existencia de ningún cuerpo.

¿No soy yo el ser que está ahora dudando de casi todo, que sin embargo entiende algunas cosas y que afirma que esto es verdad, que niega el resto, quien quiere saber más y que no quiere ser engañado, quien imagina muchas cosas, algunas en contra de su voluntad, y que es consciente de muchas cosas como si estas hubieran entrado a través de los sentidos.^{29, 30}

Para Descartes, el yo es una *sustancia* cuyo *atributo* o naturaleza esencial es el pensamiento, y cuyas propiedades o modificaciones de dicho atributo –los *modos*–, son las diferentes formas que adquiere el pensar: la comprensión, la duda, la volición, la sensación, el sentimiento, etc. El «pensamiento» como atributo no se limita a la intelección racional, que suele ser la interpretación común que se da del término, como a veces se achaca a Descartes, puesto que él incluye la sensación o el sentimiento en tanto que modos suyos. En general, añade Descartes, las formas de conciencia se reducirían a dos grandes

.....
²⁸ Descartes, R., *Principios de la filosofía*.

²⁹ No es extraño que hable de sensaciones aunque no afirme la existencia del mundo físico ni de los sentidos, puesto que solo se refiere a las sensaciones en tanto que fenómenos mentales. Nada nos impide afirmar la realidad del enunciado «siento calor», incluso en el supuesto de que no pudiéramos afirmar que, efectivamente, hace calor.

³⁰ Descartes, R., *Meditaciones metafísicas*.

tipos: a las cogniciones u operaciones del intelecto (sensaciones, imaginaciones, intelecciones puras) y a las voliciones u operaciones de la voluntad (deseos, aversiones, negaciones y afirmaciones, dudas).

El *cogito*, la verdad captada intuitivamente

El *cogito* es una verdad que se capta de inmediato. Es una evidencia que la razón aprehende de forma intuitiva, sin mediaciones de silogismos o razonamientos de ningún tipo. «Pienso, soy» es una afirmación verdadera, cuya verdad atañe a la razón intuitiva, no a la razón discursiva. Descartes extrae de esto último el criterio de certeza para advertir las verdades que, a partir de ahora, se le pudieran presentar: es verdadero todo aquello que es concebido por la mente con «claridad» y «distinción», pues solo estos saberes se nos presentan con la certeza y la evidencia que a partir de aquí deberíamos requerir.

Sé con certeza que soy una cosa que piensa. Pero ¿no sé entonces lo que se requiere para estar cierto de alguna cosa? En esta primera verdad no hay nada más que una percepción clara y distinta de lo que conozco, la cual no sería suficiente para asegurarme de su verdad si fuera posible que una cosa concebida tan claramente y distintamente resultase falsa. Por eso me parece poder establecer, desde ahora, como regla general, que son verdaderas todas las cosas que concebimos clara y distintamente.³¹

³¹ Descartes, R., *Meditaciones metafísicas*, III.

La superación del solipsismo: la existencia de Dios

Ahora bien, no parece que el *cogito* así formulado tenga la virtud de generar otras verdades ni pueda ser, por consiguiente, los cimientos del edificio del saber anhelado; a no ser que, desde el *cogito*, uno pudiera dar el salto hacia el tipo de evidencias que sostienen las matemáticas y las ciencias. Descartes se encuentra en este punto, en una situación de solipsismo radical, en la que solo parece existir o conocerse el yo. No sabe aún si las matemáticas proporcionan certeza, ni siquiera si existe el mundo exterior, material, estudiado por las ciencias. Así que, por lo pronto, se limitará a mirar con más detenimiento dentro de sí mismo y a examinar sus ideas.

¿Y qué es lo que encuentra? Lo primero que hace Descartes es categorizar las distintas ideas en función de su origen o proveniencia. De este modo, distingue entre ideas innatas, adventicias o ficticias. Las primeras son las ideas que provienen de la razón, pues esta las capta de inmediato; las segundas son las ideas provocadas por los objetos externos, los de fuera, los del mundo; y las últimas serían las que la mente forma arbitrariamente, meras quimeras de la imaginación surgidas muchas veces por combinación de otras ideas. Sobre esta clasificación, Descartes procede con cautela. De las ideas adventicias afirma que *parece* que las causan cuerpos exteriores y que, en esa medida, asaltan nuestra mente de modo involuntario (como cuando nos representamos un perro cuando vemos que uno se nos cruza en mitad de la calle), pero admite que no puede estar seguro de ello, pues podría existir algo en la propia mente que diera lugar a tales ideas sin el concurso de mi voluntad, sin que tales ideas fueran el resultado de la influencia de los objetos en los sentidos. Asimismo, aun suponiendo que estas ideas procedieran de objetos externos, tampoco sabríamos si se corresponden con su objeto o no, como es evidente en el caso de

la idea del Sol, que puedo representármela como una esfera diminuta y móvil en el cielo, o bien como una esfera de enorme tamaño y alrededor de la cual se movería la Tierra.

Respecto a las ideas innatas, un malentendido muy frecuente es creer que Descartes las catalogó así en el sentido literal del término, como si un bebé dispusiera de ellas porque desde siempre han estado en su mente, lo cual es un absurdo, pues incluso las ideas innatas dependen del desarrollo del hombre. Más bien, el filósofo se refiere a las ideas de contenido solo intelectual, a las ideas puras del entendimiento, productos de nuestra facultad racional de pensar, y que para discurrir sobre ellas no dependeríamos de la experiencia o de causas externas –como la idea del yo, las ideas lógicas o la concepción de las cosas materiales–. Es decir, son las ideas que aparecen como las determinaciones más fundamentales y concomitantes a la actividad de la mente, de las que esta no puede desprenderse, sea lo que sea lo que piense a partir de ellas y exista o no eso en lo que estuviese pensando.

Tras categorizar las ideas en función de su origen, Descartes introducirá una distinción que jugará un papel esencial en el desarrollo de su pensamiento: la distinción entre «realidad objetiva» y «realidad formal» de las ideas. La realidad objetiva de la idea es el contenido en tanto que está representado, mientras que la formal se refiere a la realidad efectiva, real, de la cosa representada. Para entendernos, la idea de «unicornio» tiene cierta realidad objetiva, mas no realidad formal, porque no existe fuera de nuestra mente.

La realidad objetiva de la idea se refiere a lo representado, su contenido u objeto, mientras que la formal remite a una realidad exterior supuestamente representada en mayor o menor medida por la realidad objetiva. Entiéndase bien: muchas ideas podrían ser ideas de cosas que no existieran en absoluto, pero como ideas poseerían sin duda una realidad objetiva, la que fuera, según lo que ellas representasen.

Y de existir, tales cosas (no sus ideas) también tendrían en correspondencia una cierta realidad formal, un grado u otro de realidad formal o perfección real.

La idea de «altura», por ejemplo, se refiere a una propiedad de un cuerpo, mientras que la idea de «hombre» se referiría a la de un sujeto del que se predica la propiedad anterior. Las ideas se distinguirían en esta medida según sus «grados de realidad», como si la realidad admitiera un más y un menos: por ejemplo, el hombre posee mayor realidad que la altura, en tanto que la sustancia es más real que la propiedad. En general, para Descartes una sustancia infinita poseería mayor realidad que una finita, la sustancia tiene más realidad que el atributo y el atributo, evidentemente, más que el modo.

Descartes avanza por esta senda y a continuación postula que toda idea requiere una causa, ya se encuentre esta en el propio yo o en objetos externos realmente existentes. Y aquí se preguntará si hay alguna idea que apunte a la existencia de algún objeto como su causa, que sea diferente del yo; o dicho de otro modo: se preguntará si la propia mente ha sido capaz, o no, de producir todas las ideas. De no ser así, si consiguiera demostrarse que existe alguna idea de la que la mente no pudiera ser causa, entonces se podría concluir que el yo no está solo en el mundo

En este punto, y de forma un tanto sorprendente, Descartes hará valer algunas nociones de la filosofía escolástica para seguir avanzando; concretamente, cierta doctrina sobre la causalidad de procedencia aristotélica, según la cual las causas deben tener cuando menos la misma «cantidad» de realidad que sus efectos. Aplicado este principio al ámbito de las ideas, resulta que las causas que las originaban debían poseer *al menos tanta* realidad formal como realidad objetiva poseyera la idea. Veámoslo con un ejemplo: la idea de «altura», cuya realidad objetiva es la de representar un atributo o propiedad, podría

causarla mi mente, puesto que mi realidad formal, en tanto sustancia, sería igual o superior a la idea causada, que describe una propiedad. ¿Por qué? Porque, como ya señalamos, la sustancia posee mayor realidad que el atributo.

Pero si esto es así, entonces una sustancia finita, como es la mente humana, no sería capaz de producir la idea de una sustancia infinita, como Dios, cuya realidad objetiva excede ciertamente la realidad formal contenida en la realidad de la mente.

Es manifiesto por la luz natural que debe haber al menos tanta realidad en la causa eficiente y total como en su efecto. Pues, ¿de dónde podría obtener el efecto su realidad si no la obtuviera de la causa? ¿Y cómo podría la causa suministrar esa realidad al efecto a menos que la poseyera ella misma? De esto se sigue no solo que algo no puede proceder de la nada, sino también que lo que es más perfecto –esto es, lo que contiene más realidad en sí mismo– no puede proceder de lo que es menos perfecto.³²

Pues bien, este principio causal admitido como presupuesto será la base de la demostración cartesiana de Dios. El argumento, como hemos visto, parte de la doctrina escolástica sobre la causalidad, según la cual nada puede provenir de la nada y la causa contiene tanta realidad como su efecto. Considerando esto, Descartes se preguntará si la realidad objetiva de alguna de sus ideas excede la realidad formal contenida en su mente humana (sustancia finita) y que, por tanto, su origen no puede estar en él. Y se responderá que sí, que existe una idea de esas características, que es, evidentemente, la de Dios. Según

³² *Ibíd.*

el argumento, Descartes no ha podido ser la causa de la idea de Dios, pero constata que posee dicha idea cuando mira en su interior. Si esto es así, Dios mismo es la causa de mi idea y, por tanto, ha de existir.

Respecto a las ideas que representan otros hombres, animales o ángeles, fácilmente veo que pueden haberse formado por la mezcla de ideas que tengo de las cosas corpóreas y de Dios, aunque fuera de mí no hubiera en el mundo ni hombres ni animales ni ángeles. Y respecto a las cosas corpóreas, nada me parece en ellas tan excelente que no puedan proceder de mí mismo. Pero Dios es causa de su idea en la razón, puesto que la idea de un ser perfecto no puede provenir de un ser imperfecto: el sujeto no es una causa adecuada, y tampoco podría haberla producido por composición y transformación de otras ideas en la medida en que este proceso no puede ser infinito y es obligado llegar a una idea primera en la que se contenga formalmente toda la realidad que en la idea de Dios está solo objetivamente.³³

Descartes asumirá, pues, que Dios es la causa que origina su idea en el sujeto y que, además, es la causa de la existencia de ese sujeto. Como el yo es imperfecto y limitado, se reconoce incapaz de ser el autor del propio ser. Por tanto, Dios existe y es nuestro creador.

Críticas y objeciones a las tesis de Descartes

Desde el momento en que Descartes formuló el planteamiento que se expone en la cita anterior de *Meditaciones* (III), este fue objeto de di-

³³ *Ibíd.*